

NARRATIVA



Francis Scott Fitzgerald.

LA ETERNA FIESTA LITERARIA DE SCOTT FITZGERALD

TINO PERTIERRA

A pesar de que murió a edad temprana, a pesar de que tuvo una vida en la que las fiestas interminables eran su cobijo, a pesar de su agotador cautiverio sentimental con Zelda, Francis Scott Fitzgerald (1896-1940) tuvo tiempo de sobra para dejar un legado asombroso: dos novelas excelentes e imperfectas (*A este lado del paraíso*, *Hermosos y malditos*), dos obras maestras imperecederas (*El gran Gatsby* y *Suave es la noche*) y el esbozo de la que, sin duda, hubiera sido la cumbre inalcanzable para el resto de la narrativa norteamericana del siglo XX de no haber llegado el último

Moriría por ti
y otros cuentos perdidos
F. Scott Fitzgerald
Trad. Justo Navarro
Anagrama
512 páginas | 23,90 euros



acto antes de tiempo: *El último magnate*. Y, serpenteando entre esos caminos de piedras preciosas y tóxicas, un aluvión de relatos que, en el peor de los casos, son interesantes. Y, en el mejor, sencillamente magistrales. Escritor que se resiste a abandonar el estado de vigencia y vigilancia, Scott Fitzgerald vuelve a la palestra con *Moriría por ti*, una fiesta de cuentos inéditos hasta hace poco y de otros que no fueron publicados porque ciertos editores miopes no los consideraron representativos de su autor.

Pero la vida ha enmendado la plana a quien pensaba que no había segundos actos en las vidas norteamericanas, e incluso su legado más desconocido, o abiertamente proscrito, ve la luz justo ahora, cuando su estilo es más moderno y rompedor que nunca. Son 18 cuentos felizmente recuperados para emprender de nuevo un viaje al escenario de los años treinta, cuando la música alegre empezaba a tornarse fúnebre y las burbujas del champán ya habían perdido fuerza para seguir buscando paladares exquisitos. Jazzmanía, crackilandia. Fuego apagado y rescoldos furiosos que dieron al escritor munición suficiente para disparar contra todo sueño viviente, desde la tristeza mesurada y la cauta desesperación, desde el humor herido y sometido a la ley de la gravedad que mantiene en suspenso los destinos.

Hay constantes referencias a la propia existencia del autor, y a la insistencia de sus fantasmas. Hay frentes abiertos de locura, y apuestas romas por la autodestrucción. Hay, claro, pieles condenadas a dañarse, y pozos de botella sin fondo y precipicios que deletrean tu nombre y, también, ásperas parodias en serio sobre el

mundo editorial o cinematográfico que destilan veneno espumoso en una obra que no es precisamente rencorosa. El libro está cargado de avances, incluso de juegos, pretende encontrar alternativas originales a asuntos convencionales, indaga en las formas para encontrar la mejor horma a sus historias. Así, “*Moriría por ti*” es, además de un gozoso viaje a los cuentos perdidos de un narrador genial, un auténtico taller de escritura en el que aprendemos lecciones prácticas de cómo darle la vuelta a un relato a ver si funciona mejor o de manejar con un sentido del ritmo prodigioso materiales propios del cine y sus vericuetos.

Scott Fitzgerald orquesta una celebración privada como creador en la que no hay reglas de etiqueta ni caretas ni invitados indeseables. Todo cabe, todo llena: lejos de proteger su

“

Lejos de proteger su estereotipo como cronista de la Era del Jazz, abonado a los amores juveniles con hombres pobres fascinados por bellas ricas, Scott Fitzgerald se dedica a demolerlo con la paciencia de un embalsamador

estereotipo como cronista de la era del jazz abonado a los amores juveniles con hombres pobres fascinados por bellas ricas, se dedica a demolerlo con la paciencia de un embalsamador. Si el libro arranca con “*El pagaré*”, testigo sarcástico de la primera etapa del autor —inmaduro, nunca ingenuo—, los últimos ya huelen a despedida, o a fuga final. Siempre consideró que los cuentos eran una forma de ganarse la vida, un sustento en tiempos de ruinas. Pero “*Moriría por ti*” vuelve a demostrar cuán equivocado estaba, y cómo su talento era capaz de convertir su gangrena vital en una escalofriante fiesta literaria a la que todos asistimos, como si de una velada de *Gatsby* se tratara, asombrados y conmovidos. ■